

LA FOTOGRAFÍA COMO METÁFORA EN EL PENSAMIENTO DE GABRIEL TARDE

Pablo Nocera

Universidad de Buenos Aires
hcs1_nocera@yahoo.com.ar

Et chaque fois que *produire* ne signifie point *se reproduire*,
tout devient ténèbres pour nous.
Gabriel Tarde

Resumen (Abstract).- El escrito reevalúa los aportes olvidados del pensador francés Gabriel Tarde, en el contexto de los orígenes de la sociología como disciplina científica en Francia. A partir del análisis de la fotografía como metáfora, que el autor utiliza para explicar el vínculo imitativo que sostiene la constitución de la sociedad, el trabajo analiza la forma que en Tarde se desmarca de las metáforas corrientes de su época, emplazando así, un sugerente espacio teórico. Finalmente, el escrito ensaya algunas proyecciones actuales de la perspectiva analizada.

0.Introducción

La figura de Gabriel Tarde (1843-1904) ha pasado inadvertida durante mucho tiempo. Las huellas de su centenario poco reconocido, con excepción de su Francia natal, testimonian el olvido llamativo en el que cayó su producción teórica luego de su desaparición física. Su nombre se asocia de forma ocasional con los orígenes del pensamiento sociológico y desde hace unas décadas, de la mano de Deleuze y sus continuadores, su figura ha sido incorporada a los márgenes de la filosofía. (Deleuze-Guattari,1994) No es éste el lugar para poner justicia sobre el lugar que merece el pensador de Sarlat en la historia de las ideas. Nuestro objetivo es mucho más modesto: pensar la presencia de la fotografía en el pensamiento científico a partir de considerarla como un lugar discursivo. Aunque Tarde no estudia la fotografía, ni tampoco la utiliza como un medio o una técnica, la misma ingresa en el universo de sus preocupaciones a partir de una referencia discursiva, que plasmada retóricamente, soporta la argumentación en que se sostiene su postura teórica. Su uso, no demasiado recurrente, aunque a nuestro entender siempre latente, se aloja en la prosa tardiana tomando la forma de una metáfora cuyo interés y pertinencia se justifica por varias razones. En primer lugar, porque permite ilustrar la peculiaridad del vínculo asociativo entre sujetos en la conformación de redes sociales. En segundo lugar, porque la utilidad de esta metáfora se presentó como el medio más efectivo para desmarcarse del mapa de analogías corrientes en las disciplinas humanas de su tiempo, cuyas consecuencias epistemológicas Tarde advirtió problemáticas. Finalmente, la fotografía como metáfora permite, como una entre tantas formas de aproximación, la reevaluación actual de su propuesta teórica, en el marco de un uso sociológico del concepto de mimesis. Para ello se hace necesario, en primer lugar, poner en contexto su producción y en segundo lugar, desarrollar los lineamientos sobre los cuales el autor emplaza su perspectiva teórica, desde la cual se ensaya la reconstrucción de esta posible línea de lectura.

1. Una imagen sinuosa de la disciplina: entre psicología y sociología

Nuestras inquietudes se orientan a pensar a Tarde en el contexto de los espacios discursivos que disputan las nuevas disciplinas humanas que tienen a la filosofía como referente primordial en el pensamiento francés del siglo XIX. En ellas se despuntan con riqueza inusual, apelativos variados, analogías, figuras retóricas, recursos literarios y terminología de otras ciencias para circunscribir la especificidad de un campo científico que por entonces no proyectaba fronteras claras: nos referimos al grado de imbricación que muestran entre sí, la filosofía con la psicología, con la medicina y con la sociología. En el caso particular de ésta última, Émile Durkheim intentó dirimir competencias sentando las bases para el desarrollo no sólo teórico, sino también institucional de la sociología, para dar forma disciplinaria a los pilares que habían depositado Auguste Comte y Claude Henri de Rouvroy (conde de Saint-Simon). Tarde

protagonizó en su momento una viva disputa con Durkheim, cuyos contrapuntos le valieron para la posteridad, la mínima repercusión que supone ser el interlocutor de un pensador que luego devino en clásico. Tal vez sea ésta, la peculiaridad que vuelve la obra de Tarde atípica para poder ser identificada con comodidad en el siempre arbitrario espectro de las escuelas, corrientes y tradiciones del pensamiento, más si ponemos en consideración, las pretensiones autonomistas que amordazaron el siglo XIX en términos de disciplinas teóricas. Pero tal vez, la causa se asocie con el hecho de que Tarde no defendió la sociología como algo diferente de la filosofía y la psicología. La visión tardiana, a contrapelo de Durkheim, cimentó la concepción de la sociedad desde la mirada del individuo. Desde allí construyó una perspectiva sociológica que apoyó con bases tanto empíricas como incluso metafísicas y a la que dio un nombre original: inter-psicología.

Para Tarde la repetición es el factor fundamental para entender los fenómenos tanto naturales como humanos. La sociología, como disciplina, se encargará de relevar las formas que adopta la repetición social. Su punto de vista estará lejos de los cánones estipulados por las ya existentes perspectivas sociológicas. A diferencia de Espinas o Durkheim, Tarde no reconocerá otra realidad que la individual, y desde allí habrá de perfilar su aproximación teórica como una psicología social. En efecto, Tarde distingue tres elementos de la vida psíquica: a) el *extramental*, que hace referencia a la acción del mundo físico sobre el mundo psíquico, b) el *intramental*, que alude a la acción del mundo psíquico sobre sí mismo, y c) el *intermental* que refiere a la mutua acción entre los espíritus o conciencias entre sí, a la que asigna mayor importancia y se constituye como piedra basal de su inter-psicología. Desde su punto de vista, la herencia y la influencia del medio (extramental) sólo tienen un rol secundario en la constitución de las acciones de los hombres. Por el contrario, lo que opera como factor fundamental es el ejemplo y la imitación. Lejos del asociacionismo de cuño anglosajón forjado desde Locke hasta Stuart Mill, nuestro autor postula un campo propio para explicar el accionar individual que evite hacer extensivas las leyes de la naturaleza al comportamiento humano.

En este contexto, Tarde entiende que la acción de los factores psicológicos en la historia, se expresa a través de dos formas esenciales: como *causas* y como *condiciones*. Las causas son los factores psicológicos que activan las reacciones de tipo individual o social. Las condiciones son los factores psicológicos, que transmiten los efectos producidos por las causas, a través de la vida social. Su acción es considerable, pero el proceso de su desarrollo es a menudo aleatorio. Las causas psicológicas son: A) la *Creencia* y el *Deseo*, que trabajan de forma complementaria, llevando a la acción a los procesos psicológicos y sociológicos. B) La *invención*, que busca dar satisfacción a los deseos y creencias, estimulando y manteniendo el movimiento de la historia, y C) las *relaciones inter-psicológicas* que operan como multiplicadores de los efectos resultantes de las dos causas anteriores, activando nuevos procesos.

Desde su primera publicación en 1880, Tarde defiende la idea de que toda forma de reacción humana es consecuencia de dos factores psicológicos fundamentales: la *creencia* y el *deseo*. En su opinión, este binomio opera como el motor fundamental y con tal posición intenta separarse tanto de la perspectiva inglesa como de la Escuela alemana, que con Fechner a la cabeza, sostenía que el comportamiento era consecuencia de reacciones de origen psicofísicas. A diferencia de Fechner, para Tarde son las creencias las que operan como raíces profundas de la acción en la que el sujeto no actúa sólo como consecuencia de las excitaciones que provienen del exterior.⁽¹⁾ "En el fondo de los fenómenos internos, sean cuales sean, el análisis llevado hasta al final, no descubre más que tres elementos irreductibles, la creencia, el deseo y su punto de aplicación, el sentir puro. Los dos primeros términos son las formas o las fuerzas innatas y constitutivas de un sujeto, los moldes donde recibe el material bruto de la sensación."(Tarde, 1880:153) Como resortes primarios de la conciencia, la creencia y el deseo son datos tan iniciales que impiden incluso una definición precisa de cada uno. La creencia es para él, la adhesión del espíritu a una idea cualquiera, mientras que el deseo lo considera como una derivación del apetito leibniziano o bien como la pasión fundamental de Spinoza. En este punto de vista metafísico, Tarde recuerda a Schopenhauer, para quien los deseos, bajo el nombre de voluntades, resumen todas las fuerzas motrices y funcionales de la naturaleza.(Tarde, 1897:165) Sin embargo, no es su intención tallar en una posición filosófica determinada, por el contrario, lo que busca es una base para pensar científicamente la psicología individual actuando en conjunto. En resumidas

cuentas, el deseo será una energía de tendencia psíquica, de avidez mental, mientras que la creencia será una energía de impresión intelectual, de adhesión y de constricción mental. (Tarde, 1898:31)

Entre las creencias y deseos se producen ciertas interferencias, librándose entre ellas ciertas luchas que se dan en el seno de la conciencia, en las que nacen, la mayoría de sus movimientos interiores, en especial, el juicio y los actos voluntarios. A pesar de alejarse de las perspectivas materialistas en psicología, Tarde considera la creencia y el deseo como cantidades con las que se puede operar. En su opinión, funcionan como “energías” que pueden acoplarse, dividirse o restarse y que se estructuran como un campo de “fuerzas” que se funden en una resultante.⁽²⁾ En el orden social sucede lo mismo. Los mismos fenómenos se reproducen de igual forma pero amplificada. “Las creencias, religiosas y morales principalmente, pero incluso las jurídicas, políticas, lingüísticas [...] son las fuerzas plásticas de la sociedad. Las necesidades (o deseos), económicos o estéticos, son sus fuerzas funcionales.” (Tarde, 1890:158-159) En la vida colectiva, tanto como en la vida individual, la creencia dirige al deseo. Pero son las creencias las que enriquecen, a su juicio, el desarrollo de las sociedades. Las creencias se depositan de manera gradual, constituyendo un capital que genera el vínculo de conciencias en cada sociedad, y que alimenta todas las instituciones sociales. La subsistencia de una sociedad se debe a la acumulación de creencias que ponen en común sus miembros y que sufren alteraciones permanentes. Las estadísticas sobre las tendencias políticas, el movimiento de los mercados o las prácticas religiosas, son la muestra clara de la variación cuantitativa de las creencias y deseos. Ellos pueden acumularse y constituir verdaderas reservas espirituales. En cada sociedad, ese potencial psicológico toma la forma de un cierto capital “energético” del cual ella dispone.

Junto con la creencia, el factor psicológico más activo, tanto para el individuo como para la sociedad es la invención. Gracias a la invención, comenta Tarde, el hombre puede introducir elementos absolutamente nuevos en el desarrollo histórico y lograr así, modificar su curso. El origen de la invención debe buscarse en la necesidad: se inventa para poder satisfacer cierta necesidad. Dado que la necesidad (o el deseo) es la expresión de una creencia, es en ella donde reside finalmente la raíz de la capacidad inventiva del hombre. La capacidad de invención establece, en su opinión, el curso del progreso y permite expresar lo propiamente humano frente al resto de la naturaleza. Así como la creencia y la invención fijan las condiciones psicológicas para pensar la realidad del sujeto y de la sociedad, Tarde aporta en este plano una novedosa forma de repensar la realidad de esas condiciones. Desde su punto de vista, el lazo que mantiene a las personas en relación, que permite la explosión y expansión de la invención, así como la combinación, desarrollo y conflicto de las creencias y los deseos, es un tipo de conexión entre los sujetos de particular naturaleza, que denomina *relación interpsicológica*. Con ello Tarde intenta repensar de forma muy novedosa la realidad de los fenómenos sociales, sin vulnerar ni diluir el factor individual en su constitución, desarrollo y perdurabilidad.

Cualquiera sea la experiencia personal, las conciencias influyen unas sobre otras. Estas mutuas influencias dan origen a reacciones particulares en el sujeto, que entrañan básicamente una transformación en el comportamiento, generando a su vez una influencia en otro individuo que sufrirá y proyectará las mismas transformaciones. La acción de una conciencia sobre otra puede asimilarse a una cierta clase de *hipnosis*, en la que el agente ejerce cierto tipo de sugestión sobre el paciente. La hipnosis fue un recurso habitual para el análisis en la psicología contemporánea a Tarde, y su uso es proyectado en este caso, para dar cuenta de la materialidad del vínculo inter-psicológico que nutre el lazo social. Este vínculo se expresa desde el nacimiento, dado que existe un intercambio continuo de impresiones mentales entre el niño y su madre y desde allí se proyectan como pequeñas acciones que tejen la trama de la vida social. Tarde remarca el olvido de la sociología al desconsiderar el carácter genético del lazo social. Es el niño el que crea la sociedad y no el adulto. (Tarde, 1909:161-172) Desde ya que para Tarde la influencia que expresa en la conciencia del niño la acción del adulto deviene de un respeto a la autoridad que este detenta para aquel. En este sentido, el fenómeno de la creencia, a su juicio, se gesta en la incidencia de la sugestión que el adulto genera sobre el niño y que poco a poco se expande desde la figura materna hasta el resto de los modelos maduros con los que entra en contacto.

Las tres causas psicológicas actuantes fueron objeto de análisis con anterioridad al tratamiento tardiano. El estudio de la creencia muestra desde Aristóteles hasta Renouvier, diversas etapas. El estudio de la invención es más reciente, y allí Tarde refiere a Cournot y Paulhan. Sin embargo, el estudio de las relaciones inter-psicológicas permaneció hasta entonces inexplorado. Allí es donde su aporte se plasma en el intento de corporizar una nueva disciplina, que como dijimos llamará *Inter-psicología*. Para ello tomará prestados ciertos métodos de la sociología y otros de la psicología, lo que hará que en la clasificación de las ciencias, la nueva disciplina ocupe tanto un lugar intermedio entre las antes mencionadas, como también un lugar al lado de ellas, integrándolas.

Las causas psicológicas ejercen su acción a consecuencia de ciertas *condiciones*, de lo contrario, permanecerían estériles y desaparecerían. Las condiciones, también psicológicas, que Tarde describe son: la *Imitación*, la *Oposición* y la *Adaptación*. Para cada una de ellas, dedica un estudio en particular. Cada uno de estos procesos permitirá a cada una de las causas propagarse y repercutir en todo el tejido social. Por *imitación* Tarde entiende la reproducción y difusión de fenómenos psicológicos entre los hombres. De los tres, la *Imitación* es el más importante, y sin el cual nada podría constituirse. Por otra parte, la *Oposición* es la muestra de la reacción del medio, como consecuencia de los cambios provocados por la *Imitación*. Finalmente, la *Adaptación* registra el resultado final de la *Oposición* frente a la *Imitación*, manifestando el efecto más permanente en la realidad social. Por otra parte, cabe aclarar, que los condicionamientos comentados, son parte de una concepción más amplia que desarrolla Tarde, quien desde una perspectiva metafísica, los identifica como funcionando en términos universales, y con ciertas peculiaridades en el registro de lo social. En este sentido, la *Imitación* será la expresión en el nivel de los fenómenos humanos, de la *Repetición* universal. De acuerdo con esto, la *ley de la repetición*, supone que todo fenómeno tiende a reproducirse de forma indefinida. Esta ley rige a todos los seres, ya sean físicos o psíquicos, y la encontramos de diversas formas: "repetición ondulatoria y gravitatoria del mundo físico, repetición hereditaria y habitual del mundo viviente, o repetición imitativa del mundo social." (Tarde, 1898:158) Asimismo, la *ley de la oposición* supone que todo fenómeno, suscita de forma necesaria, una reacción contraria a la que proyecta. Esta ley rige también el mundo físico (principio de acción y reacción), el mundo biológico (selección natural) y el mundo social (oposición social). Finalmente, la *ley de adaptación* (complementaria de las anteriores) que supone que los fenómenos que se hallan en oposición no se destruyen mutuamente, sino que logran componerse uno con otro, dando como resultado los principales fenómenos del mundo. Es evidente que los puntos de partida de Tarde manifiestan claramente el *desideratum* de una época, que con o sin tamiz positivista, busca en la ciencia un nuevo esquema que consolide una totalidad ya fracturada con la decadencia de la metafísica. Claro está, que en su caso, intentó no desechar, sino desarrollar esa transición sin efectuar descartes categóricos. A pesar de las disonancias que su interpretación puede generar en el plano de la naturaleza (en gran medida continuadas luego por Henri Bergson y cierto vitalismo francés) en el plano de los fenómenos humanos sus posturas ameritan una revisión y cautela mayor. Los marcos de este trabajo no nos permiten trazar una caracterización profunda de los condicionantes comentados, no obstante, a continuación, nos dedicamos a reflexionar el fenómeno de la *imitación*, con el cual Tarde intentará fijar su aporte original a la vez que desafiar el estatuto de otras tradiciones teóricas en sociología. Para dar cuenta de ello, apelará a la metáfora fotográfica, como figura retórica con la cual captar lo específico de la vida social.

2. Analogía y metáfora en la explicación sociológica

De ya es sabido que el desarrollo de las ciencias humanas en el siglo XIX se dio a la sombra del avance suscitado por las ciencias naturales. La sociología y la psicología se debaten en términos de heredar o recrear un lenguaje propio que pueda darles independencia como ciencias. En el transcurso de ese desarrollo, la carencia conceptual de la formación disciplinaria demandó un mapa categorial, que varias veces se introdujo sin mucha reflexión al interior de un campo discursivo por demás diferente. En ese espacio germinal, ciertas figuras retóricas permitieron a manera de mediaciones, dar cierta rigurosidad y objetividad al ámbito de los saberes sobre el hombre cuyas semánticas, sino calcaban, guardaban nítidamente los ecos de objetos de estudios por completo distintos. Si tomamos como referencia la transformación que suscitó la corriente positivista y el descrédito que supuso en esa nueva empresa,

mantenerse apegado a la discursividad propia de la metafísica, se comprende con mayor profundidad el porqué de estos “artefactos” del lenguaje, en la que la sociedad podía ser vista como un “cuerpo”, las ideas moverse como “ondas” o “corrientes”, los individuos como “átomos” en continua acción y reacción, etc. La analogía y la metáfora operan como dos figuras típicas de esta nueva trama argumental. En ellas se facilita la comprensión y se hace visible que, a fin de cuentas, la máxima aspiración es unificar el campo de la ciencia bajo un mismo método, porque el objeto es uno sólo, aunque exprese distintos niveles de complejidad.

En un desplazamiento acumulativo que va desde la química hasta la biología, y de allí a la psicología, para luego llegar a la sociología (la perspectiva medicalista se podría ubicar en cualquiera de las cuatro instancias), las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre abarcan un *continuum* que salvaguarda el conocimiento científico como discurso verdadero con pretensiones de objetividad que puede demostrarse empíricamente. Tarde no estará ajeno a esta marca epocal. Por el contrario, muchas de sus afirmaciones llevan inscriptas esta huella, aunque presentará quejas formales por la forma en que las metáforas han sido utilizadas hasta el momento. Pero antes de continuar, dejemos planteadas algunas cuestiones generales sobre el uso de esta figura retórica y su relevancia en la argumentación.

Retomando al clásica afirmación de Quintiliano, la metáfora es una comparación abreviada (*similitudo brevior*), en la que un objeto designa a otro teniendo como referencia una relación de semejanza. En una línea similar, Jakobson plantea la metáfora como una directriz semántica en la que un tema conduce a otro por semejanza, a diferencia de la metonimia, en el que la directriz se da por contigüidad. (Jakobson-Halle, 1956:76-78) Es por esto que muchas veces la metáfora adquiere cuerpo argumental de la mano de la analogía, en particular, si pensamos los desafíos que debe afrontar un nuevo campo discursivo, como puede ser el de una disciplina naciente. La analogía permite dar fortaleza argumental a un conjunto de proposiciones a partir de la confrontación de dos sistemas cuyos términos guardan un cierto tipo de relación. Siguiendo a Perelman y Olbrechts-Tyteca (1994:569-609), cada uno de los sistemas a comparar, poseen, por ejemplo, un par de términos que podríamos llamar A y B en un caso, B y C en el otro. El primer par (A y B) que proponen llamar *tema*, contiene una conclusión, mientras que los restantes (C y D) son los que permiten apoyar el razonamiento y lo llaman *foro*. Tomemos un ejemplo de uno de los destinatarios de la crítica de Tarde para clarificar la exposición. Afirma Herbert Spencer:

“Así como en un animal, la detención de las funciones respiratorias paraliza el corazón, en una sociedad la paralización de un parte —por ejemplo, los mineros— produce la de otras, lo que indica la dependencia mutua.” (Spencer, 1947:145)

En esta cita los términos C (parálisis respiración) y D (parálisis en el corazón) del *foro* (funcionamiento de partes del cuerpo [órganos] en mutua dependencia), sirve como apoyatura para la conclusión que representa el *tema* (funcionamiento de partes de la sociedad [sectores socio-productivos] en mutua dependencia) compuestos por los términos A (parálisis de los mineros) y B (parálisis de otros sectores sociales). La argumentación alude, vía analogía, a sostener que la sociedad funciona como un organismo. La metáfora refuerza el razonamiento, al demostrar que aunque cuerpo y sociedad no son idénticos, el funcionamiento del primero sirve perfectamente para explicar el del segundo. Como se podrá observar, el peso específico del *foro*, en este ejemplo, radica en que la argumentación se apoya en la probada objetividad de la explicación científica de la que goza un campo de conocimiento como la biología. Este énfasis argumental sostenido por la analogía, permite lograr con éxito la demostración de que el modelo utilizado (organicista) es eficaz, a menos que pueda presentarse una analogía que demuestre lo contrario. La fluidez, simplicidad y economía que otorga este razonamiento, sumado a la fuerza de persuasión de la metáfora como figura retórica, volvió su uso algo muy recurrente en la sociología decimonónica.(3)

Tarde mismo recurre frecuentemente a la analogía, pero su uso apunta a objetivos distintos que los presentados por algunos sociólogos contemporáneos. Los destinatarios de su crítica fueron tres autores que, más allá de sus diferencias, sostuvieron en una misma perspectiva, que la autonomía e irreductibilidad de lo social frente a lo individual era el pilar que permitía justificar la sociología como ciencia; sus nombres eran: Herbert Spencer, Alfred Espinas y Émile Durkheim. A diferencia de ellos, Tarde negaba recurrentemente que existiera una

“sociedad natural” y que pudiera hablarse de “grupos sociales” como si ellos fueran una entidad en sí misma. Un grupo es una simple consecuencia de la expresión global de las acciones de un cierto número de individuos. Son siempre individuos, los que piensan y actúan, a través de los grupos. Tarde busca separarse de las concepciones sustancialistas, que él mismo refirió como apegadas a la escolástica medieval y que tienden a ver a la sociedad como una realidad propia. De Espinas criticó la analogía orgánica, de Spencer su evolucionismo y de Durkheim su “cosismo”.

El organicismo fue una interpretación general de los hechos sociales, que planteó su comprensión por la vía de su asimilación a los hechos biológicos. Entre los sociólogos franceses, Alfred Espinas compartió ese punto de vista, quien sin aceptar un organicismo integral, admitía que la sociología era una rama de la biología. Desde su perspectiva, la sociedad era una “organismo de ideas”(Espinas, 1877:360-362), y el lazo social tenía una naturaleza similar al vínculo orgánico. Fue él quien justamente acuñó, en ese contexto, el concepto de “conciencia colectiva” que luego habría de popularizar Durkheim.

Para nuestro autor, Espinas y todos los organicistas son víctimas de una falsa metáfora. Las reacciones de un grupo social tienen un grado de semejanza, en ciertos aspectos, con las del organismo vivo; pero sólo se trata de un parecido y no de una identidad. La sociología no tiene ninguna deuda con la biología. “No es comparando la sociedad a los organismos, es comparando las sociedades entre ellas, en sus diversos aspectos, lingüísticos, religiosos, político, etc. que puede fundarse la ciencia social.”(Tarde,1896:636)

Por otro lado, en el caso de Herbert Spencer, la metáfora de la vida orgánica de las sociedades se apoyó más en la idea de evolución. Inspirado en las doctrinas evolucionistas de Lamarck y Darwin, Spencer toma la humanidad como un gran organismo viviente, en constante crecimiento y transformación. Pero Tarde rechaza su concepción lineal y previamente diseñada. En su opinión la mirada spenceriana, es aún más determinista que la de Hegel y Comte. En el caso de estos últimos, aún en la continuidad y sucesión en la que pensaron la historia, tuvieron en cuenta la contingencia evitando cerrar el desarrollo a un esquema rígido y cerrado. El evolucionismo spenceriano termina por traducirse en un cierto determinismo histórico.

La concepción durkheimiana de lo social, como entidad superior a la suma de las partes, suscitó en nuestro autor vivas reacciones que se extendieron en un amplio contrapunto. Para condensar brevemente algunas de las aristas que asumió esta polémica, podríamos decir que para Tarde las analogías y metáforas de su coterráneo ponían en evidencia una cierta “mitomanía” metafísica. Desde su punto de vista, Durkheim creaba entidades, de acuerdo con sus necesidades. “Conciencia colectiva”, “alma del grupo”, son invenciones, afirma, a las que Durkheim trata como realidades existentes, sin poder dar cuenta de ello, en el terreno empírico, más que por la pretendida coerción de los hechos sociales sobre cada uno de los individuos. Aunque es más cauteloso que sus contemporáneos citados, las analogías que despliega refuerzan un punto en el que Tarde desacuerda completamente: la posibilidad de pensar que lo social tenga una existencia autónoma por fuera de lo individual.

3. La imitación como clave de lo social: el uso de la fotografía como metáfora

Tarde otorga un lugar central al fenómeno de la imitación para analizar y explicar la vida social. La imitación se constituye en un factor sociológico determinante, que permite explicar el pasaje característico del comportamiento individual al comportamiento colectivo. Como tal, supone la reproducción de un modelo que por repetición termina por transformar al ser cuya influencia proyecta. La imitación es la “reproducción, voluntaria o involuntaria, de un modelo”. Toda transformación sufrida por una conciencia, incluso a sus espaldas, por otro agente psíquico, puede ser considerada imitación. En sus palabras: “acción a distancia de un espíritu sobre otro”.(Tarde,1890:VIII)

Así entendida la imitación recubre con su semántica, prácticamente todo hecho social. “El término imitación debe entenderse en un sentido muy amplio. Engloba todas las formas de influencia que un sujeto puede ejercer sobre otro.” (Tarde,1890:XII) Pero, ¿cuáles son las

formas que toma la imitación? Para Tarde, supone todas las formas que puede adoptar la vida social, y que concentra en cinco principales: las lenguas, las religiones, las reglas jurídicas, el arte, y las ciencias y técnicas. Desde su punto de vista, la imitación no es lo que produce los hechos sociales sino aquello que funciona como medio que los vehiculiza y los despliega a través de la sociedad. La imitación es el proceso que permite pensar lo social como un tejido o una red, cuya peculiaridad es el poder de cohesión que genera. Ese poder es consecuencia, como en parte ya comentamos, de cierto carácter hipnótico con el que Tarde asimila el fenómeno imitativo. “El estado social, como el estado hipnótico, no es más que una forma de sueño, un sueño simulado y un sueño en acción. No se tiene más que ideas sugeridas y que se las cree espontáneamente: tal es la ilusión propia del sonámbulo, y también del hombre social”. (Tarde,1890:83) El uso de la expresión “sonambulismo” será luego revisado por el propio autor a consecuencias de sus implicancias teóricas, prefiriendo su reemplazo por el hipnotismo, no obstante, “La sociedad es imitación, y la imitación es un cierta especie de sonambulismo”. (Tarde,1890:95n) La idea de imitación como sugestión no supone necesariamente un jerarquía entre quien “fascina” y quien es “fascinado”. En la aleatoriedad del intercambio social, esos roles pueden asumir expresiones diversas y colocar alternativamente en cada uno, incluso a una misma persona. Lo que Tarde sostiene es que la necesidad de creer y de reconocer el sí mismo en el otro, lleva la práctica de la fascinación y la consecuente imitación, a estructurar el tipo de relación fundamental de toda sociedad. De esta forma, la imitación se propaga y se despliega siguiendo algunas regularidades, de índole *lógica* o *extra-lógica*. Las primeras refieren a que la práctica de la imitación es motivada por las ventajas, utilidad o el carácter de verdad que demuestra la realidad reflejada. (Tarde,1890:152) Sin embargo, como forma pura, la incidencia de la lógica en la imitación efectuada, nunca es total. Tarde recalca que en la mayoría de los casos, las condiciones extra-lógicas, como el hábito, costumbre e incluso el acto reflejo, mueven muchas pequeñas escenas cotidianas. “La imitación puede ser conciente o inconsciente, refleja o espontánea, voluntaria o involuntaria” (Tarde,1890:209)

En cierta forma, no importa mucho que forma adopte la imitación. Como proceso, caracteriza la materialidad que adquiere el lazo social, más allá de las particularidades que albergue en su contenido. La imitación es el medio por el que se expande cualquier tipo de invención y que alcanza en el flujo de repeticiones una realidad inmediata. En el 2º prefacio de *Las leyes de la imitación*, precisa su referencia conceptual a partir del peculiar uso de la metáfora:

“Por el contrario, le he otorgado un sentido siempre preciso y característico: el de la acción a distancia de un espíritu sobre otro, y de una acción que consiste en una reproducción casi fotográfica de un cliché cerebral por la placa sensible de otro cerebro.” (Tarde,1890:VIII)

Aquí radica en parte, la novedad de la aproximación de Tarde. Si pensamos el contexto histórico, no es casual que nuestro autor pueda echar mano de la fotografía para dar cuenta de los procesos sociales como repetición. La aplicación científica de la fotografía no aguardó a su consolidación como procedimiento tecnológicamente acabado: acompañó ese proceso permanentemente. El auge del positivismo en Francia y buena parte de Europa hizo de sus desarrollos el instrumento ideal para formalizar, sistematizar y “medir” todo aquello que el ojo no está en condiciones de monitorear adecuadamente. La repetición y sincronía del fenómeno fotográfico engrosó las posibilidades de un tratamiento del dato como una realidad operante y operable. Ya sea que pensemos la exposición hiperrealista de un síntoma en un paciente con problemas mentales o la lejana topografía de un cuerpo celeste, la mediación y manipulación que la fotografía permite realizar sobre la entidad del dato, ofrece con su uso, un potencial inusitado para llevar adelante la administración de las pruebas. Efectivamente podríamos decir, como afirma Londé, que desde entonces “la placa fotográfica es la verdadera retina del científico” (Londe, 1888 en Didí-Huberman:1988).

Sin embargo, la intención con que Tarde se involucra con la fotografía, no es la de dar crédito a un medio o instrumento de conocimiento en el que sus efectos mejoran las condiciones de acceso al objeto de estudio. La fotografía aparece como la ilustración más acabada de la lógica que gobierna la constitución de lo social. La metáfora de la fotografía le permite trazar la cartografía de lo social sin violentar por vía de las abstracciones su génesis y realidad puramente individual. Si existe algo llamado sociedad, es como consecuencia de este patrón imitativo que pone a los sujetos uno en relación con otro. La fotografía, intenta ilustrar por analogía, la influencia y propagación de conductas cuya expansión constituye, a manera de

redes, una auténtica trama social. La acción de un sujeto sobre otro, media la reproducción de conductas que por vía imitativa, realza el factor individual en la explicación, evitando la construcción de falsas realidades que terminan por cosificar lo social.

Asimismo, la misma metáfora le permite dejar claro que la imitación en nada altera su efectividad como proceso social por no contar con la necesaria conciencia de sus sujetos protagonistas:

“¿Es que si en cierto momento, la *placa del daguerrotipo* fuera conciente de lo que en ella sucede, cambiaría el fenómeno esencialmente de naturaleza?” (Tarde,1890:VIII)

El tamiz individual que suponen los procesos imitativos, permite acentuar el hecho de que toda forma de producción social supone necesariamente reproducción y viceversa. En tanto y cuanto, el sujeto hace suya por vía imitativa, un patrón de conducta, una fe, una opinión, su estructura, para Tarde, un ciclo de repetición infinita que diluye cualquier inicio como original frente a la copia posterior. En cierta forma, la metáfora fotográfica tardiana disuelve la polaridad entre la realidad y su reproducción desdibujando la oposición entre sustrato y representación. A contrario de las tradiciones comentadas, Tarde no apoya la lógica explicativa en la estructura orgánica o mecánica de las sociedades. El sustrato o la morfología (volumen, densidad de población, divisiones políticas, etc.) no funciona como remisión última que establece el criterio empírico de verificabilidad. En otras palabras, la imitación pone en el centro de la problemática, la peculiaridad del mundo social como representaciones que influyen en el complejo mapa de los vínculos inter-cerebrales. El influjo de un individuo sobre otro, la fascinación que ejerce, alcanza la forma de una “identificación” (así lo llamará Freud más adelante) que promueve la consolidación de un vínculo mimético que funciona como motor de la acción.

En el plano inter-psicológico, la imitación es un registro novedoso para pensar la comunicación. En primer lugar, podríamos decir que las conductas imitativas no se hallan mediadas necesariamente por el lenguaje. Para Tarde el lenguaje es un aspecto más de los posibles ámbitos de imitación (Tarde,1893:227-256) y como tal, no monopoliza las formas de comunicación. De allí, que la prioridad otorgada a la imagen fije las condiciones de selección de las palabras adecuadas que permiten caracterizar el fenómeno imitativo. Tarde habla de “ondas luminosas” (Tarde,1890:3), de “radiaciones imitativas” (Tarde,1890:21), de “leyes de refracción artística” (Tarde,1890:25), “prismas y lentes coloreados” (Tarde,1890:67), todas ellas, son referencias en las que el énfasis está puesto en la posibilidad de transmisión de la imagen. El vínculo asociativo o “inter-espiritual” constituye el espacio de producción y reproducción que opera por semejanza o desemejanza. Tarde también considera como imitación, a la acción en todo contraria a la imitada. De forma similar al negativo fotográfico, la imagen aparece reproducida a contrario. La influencia imitativa no significa solamente copia, sino remisión: ya se la considere como “positivo” (imitación) o “negativo” (contraimitación). (Tarde,1890:XI)

En segundo lugar, la imitación opera en un plano de comunicación más amplio y no entroniza el código como única mediación. La fractura entre la palabra y la cosa parece desafiada en estos términos. Tanto es así, que el autor define la imitación como “toda huella de fotografía interespiritual, por así decirlo, sea querida o no, pasiva o activa” (Tarde,1890:VIII)

En ese contexto, la metáfora propuesta por Tarde permite repensar la idea de tiempo. Aunque paradójicamente, la instantánea fotográfica supone una mirada sincrónica, la repetición y diferencia afloran como sucesión en el mapa cíclico de la imitación. La sucesión mimética del vínculo interindividual da textura a una temporalidad cuya proyección inserta una lectura del tiempo netamente individual y que como huella se aloja como depósito en las capas sucesivas del desarrollo histórico. A diferencia de los organicistas y evolucionistas en los que el tiempo social es pensado por fases o discontinuidades, productos de mutaciones o rupturas, el tiempo del colectivo es en Tarde, la trama reproducida por la acción intersubjetiva, donde la diferencia emana de la asimilación y sucesión imitado-imitador, instaurándose como pura duración. Esa temporalidad es la que instituye como patrimonio de todos y de cada uno de los sujetos, una sugerente noción de memoria que se actualiza en el recurrente plano de la reproducción individual, cuya forma paradigmática es la costumbre y cuyas huellas no son percibidas por los

sujetos que la reproducen. La imitación es una forma de memoria que como expresión colectiva sólo tiene existencia en el registro mental de sus reproductores y vuelve su existencia una forma recurrente de actualización.

4. A modo de cierre

Tarde amerita una relectura. Lo dicho hasta aquí, ha sido simplemente un pequeño aporte exploratorio en pos de recuperar algunas de sus sugerencias más valiosas. No es casual que la fotografía haya sido utilizada como metáfora. La perspectiva tardiana, asume la preocupación sobre aquello que en su tiempo marcó el inicio de un proceso singular: la aparición de las multitudes y la transformación del espacio público como ámbito de circulación de la información. Los temores que transmitió a cerca de la propagación de la prensa escrita (Tarde, 1901:63-81), como forma de control y direccionamiento social, parecen hoy día, ingenuamente anticipatorios de las influencias de los medios de comunicación de masas en el curso de nuestras sociedades. El fenómeno de la imitación es el espacio analítico que permite repensar esa influencia al calor de parámetros comunicacionales múltiples. En otras palabras, el modelo de Tarde, permite pensar desde la imitación otros patrones semióticos de comunicación, no sólo discursivos, sino también conductuales y perceptivos desde una aproximación microsociológica, donde la mimesis recupera un espacio sociológico, que libera al análisis no sólo de los presupuestos estructuralistas que luego desde Durkheim se harían exitosos como paradigma para las ciencias sociales, sino también de aquello que alguna vez Nietzsche llamara la cárcel del lenguaje. La fotografía como metáfora inscribe esa perspectiva. No es casual que Deleuze haya pensado desde el cine y Adorno desde el arte, líneas similares a las de Tarde, que nos permitan colocarlos, en cierta forma, como sus continuadores. Para Deleuze, Tarde rescribe desde la repetición, una novedosa forma de entender la lógica del movimiento, alternativa con la dialéctica hegeliana. (Deleuze, 2002:56) Para Adorno, la imitación como epicentro de los fenómenos sociales, supuso en Tarde un intento de adentrarse sociológicamente en el concepto de mimesis y cuyas consecuencias sugirió útiles para investigar. (Adorno, 1996:131) Valgan estas líneas como mínima contribución a esta última propuesta.

Notas:

- (1) Para Tarde, nuestra mente no trabaja por la acumulación sucesiva de sensaciones como claramente sostiene Stuart Mill (1917: libro VI, cap. VI, en especial p. 885-886).
- (2) Aquí Tarde critica la "aritmética de los placeres" de Bentham, afirmando, a diferencia de este último, que todo atractivo que define la elección o el rechazo es consecuencia de la "dosis" de creencia depositada que vuelve la cosa placentera o desagradable.
- (3) Para analizar el uso de la analogía y la catacresis como figura retórica en la sociología francesa, ver Nocera (2005)

Bibliografía:

- Adorno, T. W. (1996) *"Introducción a la sociología"*, Barcelona, Gedisa.
- Deleuze, G. (2002) *"Diferencia y repetición"*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Deleuze, G. Guattari, F. (1994) *"Mil mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia"*, Valencia, Pre-textos.
- Didi-Huberman, G. (1988) *"La fotografía científica y pseudo científica"* en Lemagny, J.C. y Rouillé, A. *"Historia de la fotografía"*, Barcelona, Martínez Roca.
- Espinas, A. (1877) *"Des sociétés animales"*, Paris, Baillière.
- Jakobson, R. y Halle, M. (1956) *"Fundamentals of language"*, La Haya, Mouton & CO.
- Londé, A. (1888) *"La photographie dans le arts, la science et l'industrie"*, Ganthier Villars, Paris.
- Nocera, P. (2005) *"Analogía, retórica y combinación. Exploraciones en torno al modelo argumental de la sociología durkheimiana"*, en *Lenguaje, Sujeto, Discurso*, Nº 1, Noviembre, Buenos Aires, Filosofía y Letras UBA.
- Perelman, Ch. Y Olbrechts-Tyteca (1994) *"Tratado de la argumentación"*, Madrid, Gredos.
- Spencer, H. (1947) *"Principios de Sociología"*, Buenos Aires, Revista de Occidente.
- Stuart Mill, J. (1917) *"Lógica"*, Madrid, Daniel Jorro.
- Tarde, G. (1880) *"La croyance et le désir"*, en *Revue Philosophique* Tome X, Paris.

- Tarde, G. (1890) "*Les Lois de l'Imitation*", Paris, Alcan.
Tarde, G. (1893) "*La logique social*", Paris, Alcan.
Tarde, G. (1896) "*L'idée de l' Organisme Social*", en *Revue Philosophique* Tome XLI, Paris.
Tarde, G. (1897) "*L' opposition universe*", Paris, Alcan.
Tarde, G. (1898) "*Les lois sociales*", Paris, Alcan.
Tarde, G. (1901) "*L'opinion et le foule*", Paris, Alcan.
Tarde, G. (1909) "*Interpsychologie infantile*" en *Archives d'anthropologie criminelle*, tome XXIV, n°183, Paris.